

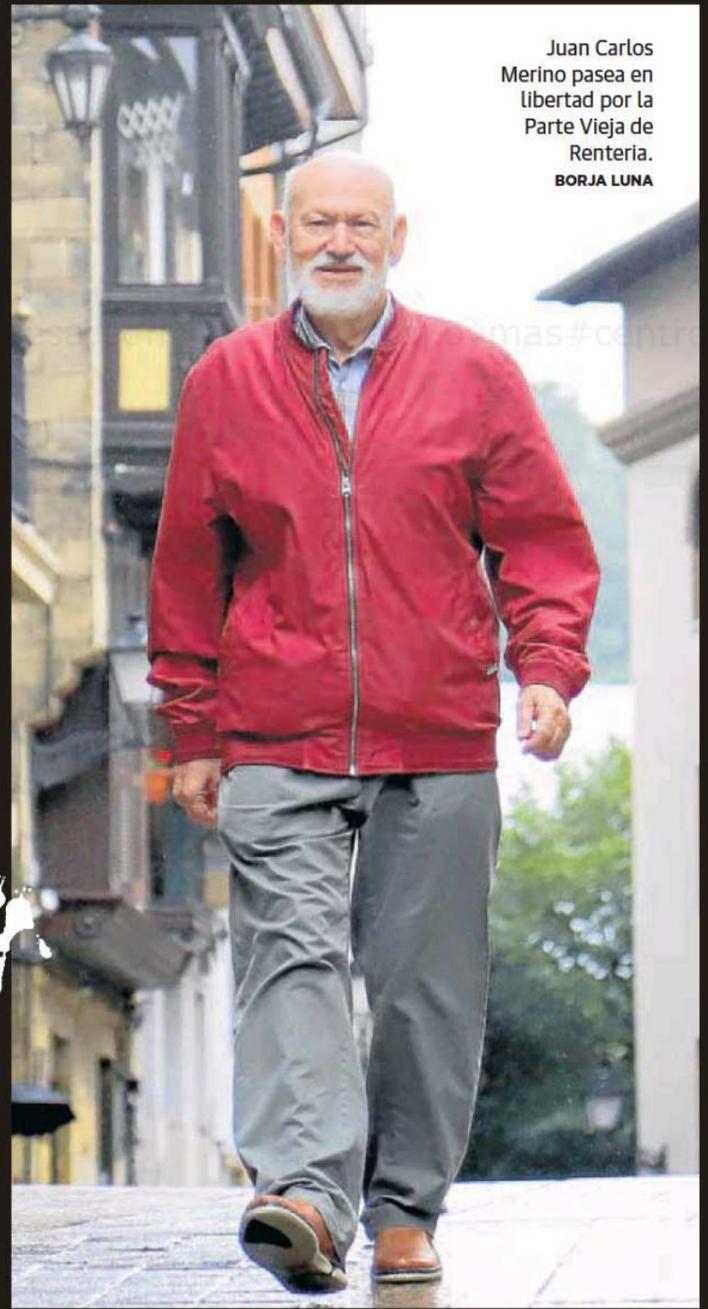
Lágrimas de resistencia para alcanzar la libertad

UNA VIDA ESCOLTADOS

Alcaldes y concejales soportaron las amenazas y la presión de ETA en municipios donde se respiraba un clima hostil que les obligó a vivir durante años bajo protección

AINHOA MUÑOZ
LORENA GIL

Juan Carlos Merino pasea en libertad por la Parte Vieja de Rentería.
BORJA LUNA



Desprendidos al fin de una presión irracional que les coartó su libertad, hoy caminan sin la necesidad de mirar atrás por aquellos lugares en los que hace una década era impensable transitar sin escolta. Municipios, algunos con un fuerte arraigo de la izquierda abertzale, donde alcaldes y concejales del PSE-EE y el PP se vieron obligados a vivir bajo las amenazas de ETA y el hostigamiento de parte de la sociedad que aplaudía o callaba. Diez años después del cese definitivo de la violencia, Juan Carlos Merino, exalcalde de Rentería; Aiala Eguiluz, exconcejala en Leioa y Erandio; y Estefanía Morcillo, exconcejala en Hernani, relatan su dolor, pero también reflexionan sobre la evolución de la convivencia y los pasos que faltan por dar.

Juan Carlos Merino
Exalcalde socialista de Rentería

«Perdí mi libertad... Quitarme la escolta fue una alegría, pero seguía mirando atrás»

Diez años después, el sufrimiento contenido aún humedece los ojos de un exalcalde perseguido por las amenazas y el acoso de ETA. Juan Carlos Merino echa mano de un pañuelo de tela. Suspira. Coge aire y narra su relato, el de un regidor en Rentería que se vio obligado a vivir con escoltas durante una larga década. «En 2001 perdí mi libertad y la espontaneidad...», recuerda.

Entonces, Merino era concejal del PSE y ya había padecido la sinrazón de los radicales: en 1998 calcinaron su coche. Un ataque que no fue aislado. Las pintadas o incluso una agresión física no se pueden comparar, sin embargo, con aquel 27 de mayo de 2003, cuando su vivienda fue atacada con cócteles molotov. Él, su mu-



Aiala Eguiluz, frente al Ayuntamiento de Erandio.
PANKRA NIETO



Estefanía Morcillo, con la Parte Vieja de Hernani a su espalda. J. M. LÓPEZ



jer y sus hijos dormían en casa. «Lo que me dolía era mi familia... Muchas veces arrancaba los carteles o avisaba para que vinieran a tapar una diana con mi nombre antes de que lo vieran», relata.

¿Qué le lleva a una persona a aguantar estoicamente aquella presión sabiendo que su vida corría peligro? «El orgullo de decirme a mí mismo que no me iban a achantar y porque veía que había que resistir ante el panorama social y político que teníamos», cuenta. Y no se esconde: más allá de que ETA quisiese asesinarle, le «acojonaba» sufrir un secuestro como el que padeció Ortega Lara.

El aislamiento social que provocaron quienes dejaron de saludarle o aquella llamada inesperada de Rubalcaba para recomendarle que dejara de visitar su casa en Las Landas, dio paso a aquel comunicado que Merino escuchó con recelo. «Había habido treguas que se habían roto... No terminaba de creérmelo», reconoce.

Pero el alto al fuego definitivo de ETA se convirtió en una realidad

que le permitió vivir sin aquellos dos hombres que guardaban su espalda. «Fue una ilusión inmensa, pero al principio también me sentí un poco desnudo y seguía teniendo ese peso de mirar hacia atrás». Hoy esos 'tics' han desaparecido. Pasea sin temor por aquellas calles de Rentería, que también ha cambiado de estética. «Los servicios de limpieza no daban abasto para retirar carteles y borrar mensajes o amenazas; y no es que ahora esté todo brillante, pero no es ni un 10% de lo que era antes», asegura. Hoy, dice, la convivencia es bien distinta. Incluso aquellas personas que le evitaban han vuelto a devolverle el saludo. «No sé si entonces era por miedo o es que ahora han cambiado de ideas...», duda.

«Seguro que aún quedan rescollos, pero ese enconamiento no se aprecia», admite Merino. Aunque sí hay algo que lamenta diez años después: «Cómo se ha pasado tan rápido la página... Es importante que socialmente se recuerde, sin rencor, todo lo que se

ha sufrido», reclama Merino, que lamenta que EH Bildu aún no reconozca que «matar estuvo mal». Aunque también pone en valor la labor realizada por su sucesor en la Alcaldía, Julen Mendoza (EH Bildu), «por haber realizado iniciativas muy interesantes» en favor de la convivencia.

Aiala Eguiluz
Exedil del PP en Leioa y Erandio

«Además de todo, teníamos que escuchar 'mira qué bien viven' o 'ahí van mis impuestos'»

Tras el cese de ETA, la retirada de la escolta a los cargos públicos fue progresiva. A Aiala Eguiluz se la quitaron hace solo cinco años. Acababa de salir por la puerta del Ayuntamiento de Erandio, donde era concejala por el PP, cuando recibió la llamada de la Policía con la noticia. «La primera persona a quien se lo dije fue a una edil del PSE y después, fui directa a mis dos escoltas», evoca. «¿Cómo me

sentí?», se interpela. «No sé explicarlo. Recuerdo algo tan sencillo como sentarme al volante de mi coche y poder conducir después de tantos años».

Aiala, natural de Getxo, se afilió al PP con 18 años —ahora tiene 44—, y con 21 le pusieron protección. «Fui a una reunión en la Policía Nacional de Bilbao, nos hablaban de horarios y rutinas. ¡Con mi edad! Yo pensaba en mis amigas... Pues de ahí salí con un escolta, un chico joven que parecía que sabía tanto como yo. Al mes, me doblaron la protección y me pusieron coche», relata. Su vida cambió. «Cuando dicen que fuimos valientes, yo digo que también inconscientes», apunta. Por entonces era concejala en Leioa y estudiaba Sociología y Turismo. «Iba a la universidad con escolta», recuerda. Después sería edil de Erandio durante dos legislaturas, pero también trabajó en el Ayuntamiento de Bilbao y en el Parlamento europeo. Desde el partido les recomendaron no acudir a ciertas zonas —«se acabó ir al Casco Viejo de Bilbao y a las fiestas de los pueblos»— y marcharse los fines de semana fuera de Euskadi.

Animalista y antitaurina, Aiala se describe como «una pepera atípica». Se metió en política por «vocación de servicio» y reconoce que ha «llorado mucho». «No solo porque han matado a compañeros, sino por cómo me han hecho sentir y lo sola que he estado». Las pocas muestras de cariño «eran por detrás». «Con los años te das cuenta de que el miedo es libre. Gente que deja de quedar contigo, que ya no te saluda... Luego escuchas que somos como una secta. Pero la verdad es que no te queda otra que juntarte con los que están viviendo lo mismo que tú», expresa.

Sus padres también acabaron siendo concejales del PP en otros municipios de Bizkaia, una faceta, la política, que compatibilizaban con sus respectivos trabajos. Los tres llevaban escolta. «Nos llegaban amenazas, nos informaban de que habían detectado a personas donde vivíamos apuntando rutinas... Se puede imaginar la estampa: Tres coches debajo de casa y nosotros saliendo uno a uno. Para que luego tuviéramos que escuchar de vecinos cosas como 'mira qué bien viven' o 'ahí van mis impuestos'», lamenta.

Aiala se casó y dio a luz con los escoltas en la puerta. Su hija nació en 2011, el mismo año en el que ETA anunció el fin de la violencia. Hoy los tiempos son otros, si bien advierte de la existencia aún de «discursos de odio». En 2019 fue en listas por Durango, pero no salió. Desde entonces forma parte de la dirección del PP vasco y el de Bizkaia, pero prefirió trabajar en la empresa privada. «¿Alguien se acuerda de lo que tuvimos que vivir? No quiero entrar en ese bucle de 'a nosotros nos mataban', pero tampoco se puede decir 'eso ya es pasado', como si no hubiese ocurrido», apostilla.

Estefanía Morcillo

Exconcejala del PSE en Hernani

«ETA nos quitó tantas cosas, que nos robó hasta la posibilidad de celebrar su final»

Era medianoche y Hernani dormía. Estefanía Morcillo bajó las escaleras del portal. Paró en seco. Era la primera vez en muchos años que salía sola a la calle sin protección. «Ya no aguantaba más y necesitaba dar pasos sin que nadie me siguiera». Se sentó en un banco diez minutos. «Fue el comienzo de mi nueva vida, porque antes sobrevivíamos más que vivir».

La biografía de Morcillo siempre estuvo marcada por la persecución de ETA: su padre, José Morcillo, era concejal del PSE en Hernani. «Desde pequeña noté la presión que se vivía...», reconoce esta arquitecta de 46 años que siguió los pasos de su progenitor, empujada por la injusticia y el dolor que sintió cuando asesinaron a Enrique Casas. Un punto de inflexión que se agravó en 1995, cuando su padre y otros compañeros sufrieron una brutal paliza.

Un año después, con 21 años, fue ella quien sufrió la agresividad de los intolerantes cuando le partieron el labio de un puñetazo. «Aquello, lejos de amedrentarme, reforzó mis convicciones de que esto no se podía permitir». Después, el nivel de amenaza creció. «Venían a casa a insultarnos y a gritarnos que nos fuéramos, nos hacían pintadas, nos enviaban amenazas por escrito...». Hasta que en 2003, dio un paso al frente como concejala del PSE.

10 años, 2 meses y 15 días escoltada fue el peaje de quien siempre creyó en la convivencia pacífica y apostó por el diálogo a pesar de que había querido «nos revictimizaban». «Siempre tuve claro que nunca me iría», asegura contundente. Aunque hoy es el día que todavía traga saliva al entrar en 'Lo viejo'. «No es fácil, reconozco que ese nerviosismo ha calado en mí. Se te agolpan los recuerdos...», dice Morcillo, que llevaba meses sin pisar la plaza del Ayuntamiento hasta que se prestó a hacerlo en este reportaje. «En Hernani se han dado pasos tímidos porque es un camino largo, pero sí percibo que hay una cierta relajación», asegura. Un ejemplo: el monolito que se instaló en 2015 en reconocimiento a las víctimas.

«No se puede hablar de equidistancias, aquí hubo una banda terrorista que decidió asesinar. Los demás no decidimos vivir con escoltas ni ser asesinados», defiende Morcillo, que cree que la manera de sanar es «reconociendo el daño causado». Un dolor que le hace recordar a las víctimas que no pudieron vivir aquel final. «Pensaba que cuando ETA acabase lo celebraría, pero cuando llegó el día lloré. Nos quitaron tantas cosas... Que hasta nos robaron la posibilidad de celebrar su final». «La resistencia mereció la pena porque por fin fuimos libres».